

EN TORNO A LA SITUACION DE BERLÍN

APARIENCIA Y REALIDAD

Quien haya presenciado la catastrófica postración de Berlín al fin de la pasada guerra y vuelva ahora, no dará crédito a sus ojos. De una ciudad de cenizas y escombros, Berlín occidental se ha convertido en uno de los escapates de Europa. Lo que en otro tiempo reflejaba la monotonía de la burguesía guillermina, pagada de su dinero, ha sido reemplazado por una moderna y atrevida arquitectura, tan útil en lo funcional, como agradable desde el punto de vista estético, en la que los famosos arquitectos del mundo se han reunido en pacífica competencia. Dentro de esta concha magnífica vive un pueblo dedicado a recuperar, si no una dirección política eclipsada, sí al menos la dirección artística de la Alemania postbélica. La vitalidad de la ciudad rebosa por doquier. El calendario está abarrotado de reuniones, conferencias, conciertos y exposiciones. En el grandioso Salón Filarmónico se suceden ininterrumpidamente directores y orquestas famosas. Noche tras noche, una docena de teatros actúan ante auditorios hambrientos y entendidos. Por ejemplo, la nueva Opera del Estado presentó, por decimosexta vez, la ópera futurista de Arnold Schoenberg «Moisés y Aarón» en un lleno absoluto. Los programas de los numerosos y opulentos cines están llenos —para bien o para mal— de un manifiesto vanguardismo. Gran cantidad de modernos hoteles se dedican al negocio del turismo, que sólo cede ante el de Munich y Frankfurt. La Universidad Libre, situada en el paisaje único del suburbio de Dahlem y que ocupa modernos edificios, en parte erigidos gracias a la esplendidez americana, florece con casi veinte mil estudiantes y mil doscientos profesores. Los comercios de Kurfürstendamm están llenos de artículos de lujo que no tardan en venderse a una próspera clientela. En los restaurantes elegantes se ven más abrigos de foca que en Park Avenue.

Ante el público ocupa un lugar destacado Willy Brandt, alcalde de Berlín, que compitió sin éxito en el pasado septiembre para la Cancillería con Ludwig Erhard. El Gobierno federal se manifiesta poco. Desde que una reunión del Parlamento federal en Berlín occidental en abril de 1965 dió lugar

a acciones de represalia por parte del régimen oriental en la Autobahn, esto no ha vuelto a repetirse. Se celebran en tono menor reuniones sin carácter oficial de Comisiones parlamentarias o alguna visita ocasional del Presidente federal. Y no puede olvidarse que Berlín occidental sigue siendo todavía una ciudad ocupada. Los auténticos amos son los comandantes americano, francés e inglés, que siguen poseyendo —y a veces lo ejercitan— el derecho de veto contra las leyes que debe aprobar la Asamblea de Berlín.

Y sin embargo, detrás de la máscara de una actividad ciudadana y artística febril, el visitante atento no puede dejar de percibir un continuo malestar y una profunda intranquilidad en un pueblo que se distingue por su habilidad para adaptarse a las condiciones cambiantes y por su fortaleza ante la adversidad. Esto no está causado por ningún sentimiento de inseguridad física por una expuesta situación geográfica. Nada más lejos de su mente que el miedo a un ataque procedente del Este, al que ellos consideran una simple invención de la imaginación, principalmente de los americanos. Se trata más bien de una circunstancia psicológica. Pasado un tiempo, el mismo visitante experimenta una especie de claustrofobia, al vivir furtivamente en un pequeño territorio de 185 millas cuadradas en total y encerrado en todas direcciones por fronteras inaccesibles. Los doscientos y pico vuelos diarios a Frankfurt, Hamburgo y otras ciudades son el único vínculo con el mundo exterior. Detrás del frente insensible y valeroso que han levantado los berlineses, uno siente su aterrador aislamiento y su abrumadora soledad.

LA SITUACIÓN ECONÓMICA

Las estadísticas oficiales que llueven sobre el visitante están llenas de curvas ascendentes de bienestar económico.

Sin duda, después de dos décadas de situación estacionaria, Berlín occidental acabó igualando la sorprendente prosperidad de Alemania occidental (1). El ritmo de crecimiento de 6 por 100 es mayor que el de la República Federal (4,8 por 100). Las inversiones de capital han llegado a un sorprendente 18 por 100 sobre el año pasado. Estas cifras, sin embargo, no deben ser tomadas literalmente. El incremento en los salarios reales de los obreros queda anulado por la creciente inflación que se observa por toda la Alemania occidental. La industria se ha encontrado con que ha llegado a su límite de expansión por falta de espacio físico en un ambiente urbano superpoblado de capital y trabajo, después de haber aprovechado hasta la última gota el tonel del trabajo.

(1) Para estas cifras, vid. *New York Times*, 21 de enero de 1966, pág. 55.

Visto desde más cerca, los colores del cuadro se hacen todavía más desvaídos (2).

Con el ultimátum de Jruschov en 1958 se puso en movimiento una auténtica huida en masa de la población del Berlín occidental. Los que partieron hacia Alemania occidental eran los más ambiciosos y arrojados, y muy pocos de entre ellos regresaron. Esta emigración sólo fué detenida en 1963. La actual población total, de aproximadamente 2,2 millones, queda todavía por debajo de la de 1958. La tasa de crecimiento de la población (0,8 por 100) es inferior a la de Alemania occidental en general. La razón demográfica intrínseca reside en el continuo exceso de muertes sobre la tasa de nacimientos y que sólo ha empezado a disminuir recientemente. Esto, a su vez, se debe a la peculiar estructura por edades de la población. La pirámide de población muestra una base moderadamente ancha del grupo de hasta veinte años, mientras que aparece un pronunciado saliente en los grupos de edad desde los cincuenta a setenta años y en adelante, con un pronunciado estrechamiento en los grupos que corresponden a las edades más productivas entre los veinte y los cincuenta años. En otras palabras, las clases medias han preferido el terreno más próspero de la República Federal.

Está suficientemente claro que Berlín occidental ha participado de la prosperidad de Alemania Federal. Sin embargo, se ha producido un cambio significativo en la estructura industrial. La industria pesada ha emigrado a lugares más seguros en Alemania occidental, siendo sustituida por industrias de tipo ligero, como artículos alimenticios, bebidas y tabacos (32 por 100 de la producción total); instalaciones de energía eléctrica (23 por 100), la mayor parte para consumo interior. Las exportaciones de Berlín equivalieron en 1965 a sólo el 10 por 100 de la producción total.

El cuadro económico se ensombrece aún más si consideramos la dependencia continua del Berlín Oeste del Tesoro federal (3). Desde 1951 al 1 de octubre de 1965 los pagos directos de Bonn ascendieron a 16.967 billones de DM (4.242 billones de dólares), constituyendo (1963-65) el 42 por 100 de todo el presupuesto de Berlín occidental. Pero la cosa no acaba aquí. Hay que añadir la ayuda federal a la reconstrucción en Berlín Oeste, los préstamos concedidos extraoficialmente y las pérdidas en los ingresos federales

(2) Los siguientes datos están tomados del material publicado por la Oficina de Información y Prensa del «Land» de Berlín, especialmente del *Berlin's Vitality 1965*, y de la publicación *Berlins Industrie*, del senador de Economía, Berlín, 1963 (con suplemento en 1964).

(3) Vid. «Finanzpolitische Mitteilungen», publicado por la *Presse und Informationsabteilung der Bundesrepublik*, núm. 139, 17 de agosto de 1965, págs. 1126 y sigs.

por las exenciones impositivas concedidas a los berlineses. La limosna federal llega, de este modo, a la sorprendente suma de 25.375 billones DM (6.344 billones de dólares). Dado que los ingresos por impuestos del Tesoro federal durante el período mencionado han sido 15.728 billones DM (3.432 billones de dólares), la pérdida neta ocasionada por la situación en Berlín fué de 9.647 billones DM (casi 2,4 billones de dólares). De este modo, Berlín Oeste sigue siendo pagado por la República Federal, sin poder mantenerse por su cuenta. La situación se deteriorará aún más, pues con el nuevo programa de austeridad el Gabinete Erhard se ha visto obligado a comenzar en octubre de 1965 una drástica reducción de la «Berlin Hilfe».

EL MURO

La visita al muro —dice Mauer— se ha convertido ahora en una obligación para cualquier turista serio. En algunos sitios se le anima a subir los pocos peldaños hasta llegar a una especie de plataforma, desde la que podrá observar su trazado serpenteante a través de lo que en otro tiempo fué el centro de una animada ciudad. Es innegable que la estructura de pesados bloques de cemento, profusamente adornados por alambre de púas, es fea. Pero un visitante al menos no quedó impresionado como exige el ritual. Siendo prohibitiva, el muro es ahora una bendición en la adversidad.

Año tras año, desde su fundación en 1949, la República Democrática Alemana (DDR) ha venido sufriendo una formidable sangría con la emigración de centenares de miles de sus mejores ciudadanos, especialmente profesores, técnicos y obreros especializados. El régimen oriental tenía que caer, a no ser que detuviera esto. El lúgubre ultimátum de Jruschov en 1958 para convertir a Berlín en una ciudad libre —con cualquier significado— tuvo por objeto detener el éxodo. La resistencia de los aliados y de los berlineses del Oeste le hicieron inútil. Por ello se erigió el muro en un solo día —en sí una considerable obra—, y su extensión más allá de los límites de la ciudad a lo largo de las fronteras occidentales era la solución menos arriesgada y más efectiva. Desde entonces sólo consigue cruzar un puñado de aventurados; hazaña que requiere un valor considerable, desafiando las balas de la Policía fronteriza, o lanzándose al helado río Elba. Cada escapada de éstas es anunciada en la Prensa de Berlín Oeste, que podrá ser una heroica hazaña, pero que es insignificante por lo que respecta a la pérdida de potencial humano para la DDR. Si los que escapan lo hacen movidos por la sed de libertad, como se dice, o por otros motivos menos elevados —mayores salarios en el Oeste o una chica que espera—, se presta a discusión. Pero

parece indicar que las promesas y arreglos de escapadas se han convertido en Berlín Oeste en un floreciente negocio con una dosis de fraude, como han demostrado unas recientes declaraciones en Berlín.

Más claro todavía: Mirando hacia atrás, el muro ha salvado la paz. Como se vió, los Estados Unidos, por no hablar de Inglaterra o Francia, no estaban preparados para ir a la guerra —y no de tipo convencional— por el muro. Lo que se ha logrado es nada menos que la estabilización del *statu quo*, no obstante las palabras valerosas pero inoportunas del fallecido Presidente Kennedy: «Yo soy un berlinés.» Cuando se habla en privado y no para publicarlo con destacadas personalidades alemanas, éstas están completamente de acuerdo con esta conclusión, en tanto que los miembros de la Misión americana, que piensan con arreglo a los viejos moldes, se horrorizan ante una valoración como ésta de una situación a la que se califica oficialmente de desgracia para el «mundo libre».

LA REPÚBLICA DEMOCRÁTICA ALEMANA

El cierre permanente de la válvula de escape no podía dejar de tener inmensas repercusiones en la misma DDR. Sus 17 millones de habitantes han acabado por darse cuenta de que tienen que resignarse a vivir y a pertenecer en una sociedad diferente y a sacar el mayor partido de ello. Y esto es exactamente lo que han hecho durante los últimos cinco años. Se han dedicado a desarrollar su propio estado y lo han logrado de una manera que nunca habían imaginado. La verdad escueta es —y ello se ignora generalmente en Alemania occidental y puede ser una sorpresa para muchos de los que lean este artículo— que la DDR se ha elevado ahora al quinto lugar por lo que hace a la potencia industrial en Europa —después de la U. R. S. S., Alemania occidental, Inglaterra y Francia, habiendo adelantado a Italia, Suecia y Suiza— y que Alemania oriental hace el número siete en todo el mundo si añadimos a la lista a los Estados Unidos y al Japón. En Alemania oriental, los jóvenes tecnócratas, que no se preocupan por sutilezas ideológicas, están en todas partes y se han lanzado en un atrevido programa de reforma industrial que se llama «el nuevo sistema económico». Con la bendición de Walter Ulbricht —durante veinte años jefe del Partido y el mismísimo demonio para el Bonn oficial— han levantado una industria igual a la de los países más adelantados.

Para sacar un cuadro objetivo no basta con una rápida visita turística a

(4) Vid., por ejemplo, *New York Times*, del 21 de enero de 1966, pág. 74.

los lugares comunes de Berlín oriental ni dejarse arrastrar por el bullicio de las Ferias de Leipzig. Pueden obtenerse informaciones dignas de confianza sobre las condiciones económicas en la DDR (4), y varios especialistas sobre el problema dan conferencias en la Universidad Libre. Todos admiten que aunque las condiciones de vida no son iguales a las —con frecuencia repulsivas— de Alemania occidental, han mejorado, sin embargo, considerablemente en los últimos años. Al margen de escaseces ocasionales, debidas a problemas de distribución, la gente puede adquirir bienes de consumo y artículos alimenticios. Por ejemplo, el consumo de mantequilla es el más alto de toda la Europa oriental. Los servicios a la población son también los mejores. La auténtica escasez sólo se produce para artículos que requieren una moneda fuerte, como las naranjas. Las Misiones comerciales del exterior establecidas sobre todo el mapa estimulan una exportación continua. Aunque tengamos en cuenta la relatividad de las cifras oficiales: el aumento del 7 por 100 en 1965 de la producción industrial y del 4,7 del producto nacional bruto, resiste la comparación con la Alemania Federal (5).

Un indicio significativo, aunque es comprensible que haya sido poco divulgado, del creciente poderío económico de la DDR es el comercio cada vez mayor entre ambas Alemanias, el cual, aunque las cifras oficiales son difíciles de hallar, llegó en 1965 a los 600 millones de dólares; la DDR ha exportado fundamentalmente carnes (cerdo y ternera), carbón y productos químicos. Alemania occidental se ha convertido en el mayor cliente de la DDR después de la U. R. S. S. (6). Lejos de seguir servilmente lo que parece ser el modelo comunista ortodoxo, los techos industriales actuales están desapareciendo y la economía oriental se aproxima a las leyes de oferta y demanda.

El secreto de este sorprendente renacimiento económico no es difícil de descubrir. Después de todo, los alemanes orientales, entre los que se encuentran los trabajadores e inventivos sajones, son en primer lugar alemanes, dedicados fanáticamente al trabajo y enorgulleciéndose de él. A juzgar por los resultados, la ideología comunista no ha afectado a su capacidad de trabajo. En otras palabras, el muro ha protegido a Alemania oriental contra la pérdida de un potencial humano de valor inestimable y el pueblo se ha afanado en la tarea de construir su propia sociedad y su propio Estado.

(5) Vid. *New York Times*, del 21 de enero de 1966, pág. 74.

(6) La parte de Berlín Oeste en el comercio Este-Oeste es unilateral en el sentido de que las importaciones de la D. D. R., con 224,8 millones DM, excedieron a las exportaciones de sólo 44,4 millones DM, siendo los renglones principales: petróleo, productos agrícolas y carbón; vid. *Berlin Vitality*, pág. 16.

Los aspectos negativos al otro lado del muro no pueden ser minimizados: la libertad intelectual sigue sujeta a las trabas oficiales que, sin embargo, no pueden ser hoy calificadas de «stalinistas». Sin embargo, aquellos que se abstienen de actividades hostiles al régimen no son molestados en absoluto, y después de su trabajo diario pueden participar en la prosperidad creciente. Pero no podemos olvidar que la indiferencia hacia el intelectual «laissez faire» es una de las características de nuestra sociedad en todas partes. Y la tan cacareada libertad de opinión en Alemania occidental tiene también sus fallos, como ha demostrado, por ejemplo, la prohibición de televisar una acerba sátira política que resultaba desagradable a los «Poderes que sean» (7).

El hecho de que la DDR se ha convertido en un Estado normal es ignorado constantemente por el Gobierno de Bonn y la Prensa a él sometida, que sigue todavía horrorizada con las historias sobre las condiciones de vida en la DDR, como, por ejemplo, la escasez, levantamientos, intranquilidad y cosas por el estilo. Sigue siendo todavía tabú mencionar el DDR por su nombre oficial; en su lugar se utilizan oficialmente los calificativos de «zona soviética» o «Alemania central». Aunque esta obstinada conducta pueda parecer ridícula, la pretensión, tenazmente sostenida, del Gobierno de Bonn de ser el único legítimo portavoz de todos los alemanes está perjudicando realmente al Gobierno federal. Con arreglo a la llamada «doctrina Hallastein», el Gobierno de Bonn rompe las relaciones diplomáticas con todos aquellos Estados —excepto la U. R. S. S.— que reconozcan a la DDR; así sucedió con Yugoslavia. La política exterior se ha metido con esto en muchos callejones sin salida, como se demostró por la reacción en cadena puesta en movimiento por la visita de Ulbricht a Egipto (1965), que dió lugar, a su vez, al establecimiento de relaciones diplomáticas entre Bonn e Israel y al boicot diplomático de Bonn por parte de la mayoría de los Estados árabes. Los alemanes orientales han llenado gozosos el vacío, que tanto beneficia a su comercio exterior (8).

(7) Vid. *New York Times*, del 2 de enero de 1966, y *Der Spiegel*, núm. 3, 1966, páginas 27 y sigs.

(8) Otra consecuencia de la pretensión de ser el único representante de todos los alemanes, es la insistencia de la República Federal en el sentido de que ninguna empresa domiciliada en la zona oriental tiene derecho a su nombre comercial en caso de que un competidor alemán-occidental utilice el mismo nombre. En una decisión de 30 de marzo de 1965, el «Bundesgericht» suizo rechazó con justicia esta pretensión; vid. *Juristenzeitung*, vol. 20, 1965, págs. 761 y sigs. Un caso similar está pendiente ante los Tribunales británicos.

EL PROBLEMA DE LA UNIFICACIÓN ALEMANA

El análisis anterior del régimen oriental no puede por menos de afectar el problema todavía no resuelto de la unificación alemana. Durante dos décadas ha sido constante la política de Bonn, apoyada por todas las Administraciones americanas, en exigir la unificación sobre las condiciones occidentales; es decir, mediante elección libre, en ambas partes, de un Parlamento y un Gobierno comunes; esto daría como resultado, según se supone, una abrumadora votación en favor del Anschluss de la DDR, aunque no sea por otro motivo que la superioridad numérica de la población occidental sobre la oriental. Contrapropuestas como una federación transitoria entre ambos Estados alemanes han sido rechazadas. Hasta el momento, la situación está en punto muerto.

Al margen del hecho de que el plan occidental contenga algunas cartas marcadas, como la necesidad de readmitir al P. C., prohibido en la República Federal, este plan occidental está lastrado por impedimentos que, aunque nunca mencionados públicamente, son, sin embargo, admitidos francamente en privado. En la actualidad, Alemania occidental es considerada un Estado económicamente mucho más viable y culturalmente más homogéneo que unida a la zona oriental, cuyas fronteras no definidas serían heredadas por una Alemania unida; por lo menos, el reconocimiento de la línea Oder-Neisse sería «conditio sine qua non». En segundo lugar, lo que es aún más importante, en unas elecciones libres, la mayoría de la población obrera, de predominio protestante, de la DDR votaría en favor de los socialdemócratas por ser más próximos a sus convicciones políticas. Las actuales camarillas gobernantes de la C. D. U.-C. S. U. perderían, sin duda, su mayoría parlamentaria; un renacimiento patriótico no convencería a las jerarquías gobernantes del Partido para que cometieran un suicidio político. En tercer lugar, dado que la actual estructura industrial de la DDR, en vez de complementaria, es competitiva de la Alemania occidental, los círculos industriales del Rin y del Ruhr se verían obligados a dedicar la mayor parte de su capacidad de invertir a la tarea de coordinar y de reorganizar ambas estructuras industriales, y por tanto, disminuyendo considerablemente el beneficioso comercio de exportación. Y puede dudarse de que la economía de mercado libre, que con tanto éxito ha funcionado en Alemania occidental, pueda reconciliarse con una estricta economía socialista sin tener que hacer concesiones e incluso sacrificios por parte del sistema occidental. Por fortuna para ellos, los alemanes occidentales, de momento y por un futuro todavía indeterminado, no tienen necesidad de atacar estos complicados problemas.

Ni los soviéticos ni los vecinos de Alemania, Polonia y Checoslovaquia tolerarían el establecimiento de una Alemania unida de 75 millones de habitantes trabajadores y nacionalmente inquietos. No sólo esto pondría fin al equilibrio laboriosamente mantenido en la Europa central; una Alemania unida sería dueña de Europa.

Sin embargo, mientras que la postura oficial hacia la unificación sigue congelada, el visitante descubre una curiosa personalidad doble. Parafraseando el dicho famoso de Clémenceau sobre Alsacia-Lorena, «Toujours y penser, jamais en parler», todos los alemanes e incluso aquellos que favorecen el nacionalismo naciente, están de acuerdo en que la unificación sobre las condiciones occidentales es una ilusión. Por las razones mencionadas anteriormente, los alemanes mismos prefieren el *statu quo*. Ningún político se atrevería a apoyarlo abiertamente sin suicidarse políticamente, y además, sin exponerse a ataques contra su persona y propiedad por parte de los radicales nacionalistas, como sucedió recientemente con quienes se manifestaron en favor del reconocimiento de la línea Oder-Neisse.

El Gobierno de Bonn labra la misma línea nacionalista al estar representado en todas las reuniones de las diversas organizaciones de refugiados, que son hogares de emocionalidad nacionalista. Especialmente los virulentos alemanes de los sudetes perjudican las relaciones de Alemania con el Este al proclamar el «derecho a su patria —«Recht auf Heimat»—, que, como un nuevo derecho natural, les daría título para volver a ocupar —«no por la fuerza»— los territorios perdidos en el Este. Ignoran alegremente que los checos o polacos nacidos allí entretanto puedan haber adquirido el mismo derecho a su patria. La demagógica implicación de esta propaganda nacionalista puede ser deducida del hecho de que la gran mayoría de los refugiados, a que acabamos de referirnos, especialmente las jóvenes generaciones, se han integrado por completo en la prosperidad de Alemania occidental; aunque se les diera la oportunidad, nunca regresarían a lo que fué la patria de sus padres y abuelos. Nunca ha desmentido el Gobierno de Bonn estas reclamaciones.

Si ésta es la política oficial hacia la unificación, ¿qué piensa de ella la gente normal? Cuando quien les pregunta no tiene acento extranjero, están tan a favor de ella como del sol en sus vacaciones. Sin embargo, si investigamos más profundamente, descubriremos fácilmente que el deseo de unificación —si es que existe— disminuye a medida que nos alejamos de las fronteras orientales. Naturalmente, es más fuerte en Berlín Oeste a causa del deseo de restaurar la unidad familiar; la mayoría de sus habitantes accederían gustosos a unificar su dividida ciudad. Pero en Renania, corazón de Alemania occidental, por no decir en el Sur, la gente es por completo

indiferente al problema. Si hubiera una carga emocional discernible, no es lo suficientemente fuerte como para convencerles de que la unificación bien vale los riesgos económicos y políticos que la misma implicaría. Excepto los refugiados «profesionales», que han hecho de su condición de refugiados su profesión, nadie prácticamente piensa que ganaría nada personalmente. Como en todas partes, la masa alemana vive para el hoy y no para el mañana. El hecho de que pasara un largo tiempo hasta que Bismarck los unificó está tan olvidado como el mismo Bismarck.

La conclusión inevitable es que los alemanes occidentales se han resignado ante el hecho de que la unificación, por muy deseable que sea teóricamente, es inalcanzable en un futuro previsible. Puede que sea diferente entre las masas de Alemania oriental, a las cuales, a todos los efectos, nada complacería más que compartir la prosperidad occidental, e igualmente, deshacerse del control comunista. Pero a ambos lados de la frontera hay cada vez mayor conciencia de que cuanto más larga sea la separación, más difícil será la reunificación. Las reuniones, últimamente más frecuentes, de intelectuales del Este y del Oeste, han puesto de manifiesto que el foso que los separa es cada vez mayor y que los vínculos de entendimiento mutuo son cada vez más débiles. Incluso la comunicación lingüística da señales de estrangulamiento. Si la impresión de alienación ha disminuído en la parte oriental —de lo cual el escritor carece de experiencia personal— se hace más clara la idea de que ambas partes de Alemania han vivido separadas. Para la nueva generación oriental es posible que la República Federal sea tan distinta hoy como Austria de Alemania en general.

EL FUTURO DE BERLÍN

¿Qué reserva el futuro a Berlín Oeste? Aun cuando un giro inesperado de la Historia pueda unir las partes separadas, no parece probable que la en otro tiempo orgullosa capital del Reich alemán recupere de nuevo su posición directriz. Ha corrido demasiada agua bajo los puentes del Spree. Entretanto han surgido otros centros regionales más cercanos a las materias primas y a las grandes líneas de comunicación mundiales: Frankfurt, Hamburgo, Düsseldorf, en el Oeste, y Munich y Stuttgart, en el Sur. Actualmente se está formando en Alemania un nuevo regionalismo que no sigue las fronteras de las tradicionales entidades federadas y que no favorecerá la reaparición de Berlín como capital «per se». La tendencia a empequeñecer la importancia de Berlín, iniciada deliberadamente por el régimen nacional-socialista, ha sido continuada, por la fuerza de las circunstancias después de

la última guerra. Por consiguiente, es probable que la actual personalidad doble de Berlín continúe indefinidamente. Pero también es verdad que los berlineses, con su inagotable capacidad para adaptarse a lo provisional, vi- viendo como si fuera normal, traten de sacar el mayor partido de esta ad- versa situación. La humildad es una palabra que brilla por su ausencia en su vocabulario. Lo que han perdido como modeladores del destino de Ale- mania será compensado por el firme apego a su amada «Heimat» y la dis- tinción de ser la capital artística de Alemania. Admiten calladamente que su dividida ciudad sin «hinterland» seguirá para siempre incluída en la nó- mina de la República Federal, con el consuelo de poder participar de su prosperidad, mientras ésta dure. Las crisis crónicas del carbón y del acero y el exceso de las importaciones sobre las exportaciones son ya un recuerdo doloroso de que la curva económica empieza a descender. El simpático vi- sitante se marcha con el corazón triste.

KARL LOEWENSTEIN

